

Comentario ("El Día", Madrid, 9 marzo 1918)



# COMENTARIO

Una vez más debemos protestar contra los vividores que quieren monopolizar el patriotismo. No puede sino perturbar el sano y normal desarrollo de este sentimiento el que se le quiera ligar a tal o cual solución política—o impolítica; esto es, incivil—de los graves problemas hoy pendientes.

Traemos esto a cuenta del conflicto que está provocando el empeño del actual ministro de la Guerra—que cuando escribimos esto lo es aún el fatídico Sr. La Cierva—de implantar por decreto, y hurtándolas al Parlamento, unas supuestas reformas militares, cuyo hueso se reduce a aumentar los sueldos y las plantillas de la oficialidad, que ya hoy es excesiva en número y defectiva en aptitud. Y hay diarios que al defender, si bien tímidamente y con miedo al chafarote, el que esas reformas y, sobre todo, esos aumentos se lleven a la discusión y sanción del Parlamento, agregan que éste seguramente las aprobará, y pronto, por patriotismo. ¡O no! Y si no los aprueba, puede muy bien no aprobarlos por patriotismo.

¿De cuándo acá es patriótico aprobar unos gastos aunque no se esté convencido de su conveniencia y utilidad o acaso se esté convencido de que son, por lo menos, prematuros, si es que no inconvenientes e inútiles?

¿De cuándo acá es patriótico proponer todo lo que tienda a gravar el presupuesto de Guerra en espera de lo que la paz traiga y de una muy probable reducción de los ejércitos permanentes en todas las naciones civiles y cultas, si es que la paz, como es muy probable, civiliza a las naciones todas beligerantes, aun a las hoy más inciviles, es decir, más militarizadas?

Creemos recordar que el Sr. Cambó se expresó alguna vez en el sentido de que no conviniera recargar aún más el ya cargadísimo peso de la excesiva, y no por eso más eficaz maquinaria humana de guerra en España, en previsión de que tengamos un día, obedeciendo a un mandato internacional, que descargarla.

Cualquier receloso podría pensar que las Juntas de Defensa de la oficialidad del Ejército español, de las que parece es un muñeco el Sr. La Cierva, temiendo que el fin de la guerra, si en ella triunfa la justicia,

traiga la solución de un desarme mayor o menor, tratan de prepararse creando intereses. Porque al receloso le costaría creer que esa oficialidad viva tan obcecada que dé como seguro que sea el militarismo imperialista el que por completo venza, y después de esta bárbara canicería provocada por ese incivil—es decir, inhumano—militarismo imperialista, con su brutal interpretación del orden y de la organización y del patriotismo, se acrecienten los ejércitos y se aumenten los gastos de guerra.

Nos cuesta mucho creer que la oficialidad del Ejército español—que no es hoy el pueblo en armas, sino una mera tropa, es decir, un rebaño mejor o peor disciplinado—confunda el profesionalismo con el patriotismo y estime anti-patriotas a los que creemos que esos aumentos se deben diferir y esperamos que llegue día en que haya que ir, para bien de todas las patrias y de la Humanidad, reduciendo los ejércitos, y que ese día empiece en el que se firme la paz con el triunfo de la civilidad, que es la única justicia y la única civilización. Podrán creernos equivocados, o ilusos o utopistas a los que así pensamos y sentimos; pero no anti-patriotas. Por patriotismo deseamos que su función llegue a ser menos útil y, si es posible, inútil.

Estimamos, pues, una insigne torpeza lo de apelar al patriotismo para satisfacer ese empeño de que los tales aumentos se aprueben y se aprueben pronto. Si el Parlamento los difiriera o los negara hasta ver en qué van a quedar los ejércitos después de la guerra, no se le podría tachar de anti-patriótico al Parlamento. Y si en cambio los aprobara, no más que miedo al chafarote y para evitar un nuevo 3 de enero, una nueva «parviada», ese Parlamento, que por tal miedo, y no más que por él y sin convicción, los aprobara, sería un Parlamento incivil, o sea anti-patriótico.

Bien sabemos que para nuestras derechas el Ejército no es tanto un arma de defensa de la nación en caso de ataque de fuera—y se nos está atacando sin que nuestra Marina haga nada por defender a España—como es un arma de defensa de privilegios y de un supuesto orden interior, que no es sino el desorden sistematizado. Para nuestras derechas el Ejército es una gendarmería, y su principal función, casi la única, ahogar en sangre las huelgas que puedan perjudicar sus privilegios, los de los

hombres de ese orden injusto, y evitar cualquier revolución que dé al traste con todos sus hediondos abusos. Y así nuestras derechas miman y halagan al Ejército para que les proteja. El Ejército representa para ellas la reacción. Y ahora nuestras derechas están alzaprimadas como lo que se les antoja que es el triunfo de lo que llaman el orden, y no es sino la barbarie organizada, la barbarie científica—que es la más bárbara de las barbaries—en el mundo. Nuestras derechas odian la civilización.

Pero sentiríamos que la oficialidad de nuestro Ejército la odiara y que se obstinase en querer ser algo así como un sacerdocio del patriotismo, un clero de la religión de patria. Sentiríamos por ellos que se obcecasen en creer que su función es más patriótica que otra función pública cualquiera y que es en el cuartel donde más y mejor se aprende patriotismo.

¡No, no y no! Podrá ser un error—creemos que no lo es—el sostener que no conviene cargarnos con gastos que acaso dentro de poco haya que reducir—¡así Dios lo quiera!—; pero el pensar así y el exponerlo y el defenderlo no es anti-patriótico, como no lo es el pensar, exponer y defender lo contrario. Y no hay ni debe haber dogmas militares intangibles para el Parlamento.

Volveremos a esto.

**Miguel de Unamuno.**

